



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 2.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	$1\frac{1}{4}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 20 de Enero de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA CAZA.

Los tiempos en que la caza era á un mismo tiempo la ocupacion y la diversion de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien léjos de nosotros: aquel sinnú-

mero de empleados destinados á ese ejercicio, que llenaban el palacio, han desaparecido, dejando sólo tras sí algun nombre que otro, alguna denominacion, fuera en el dia de su lugar. La invencion de la pólvora fué sin duda uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua

manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bola de plomo puede hacer en ménos tiempo y sin precisa ensenanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas á los reyes tiempo para serlo, han venido despues á dar



TRAMPA DE PERDICES.

á ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado; las costumbres extranjeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituido enteramente á aquella azarosa distraccion. En otros países no han sido bastantes todas esas causas á destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aún abundante caza á los *gentlemen*, que dedican á sus locas batidas una estacion del año. En Alemania no es ménos la afición, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran, en punto á caza, tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros Carlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversion en la cual ya no tenían á quien remedar: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y sólo en algun rincón de provincia da todavía esta antigua afición señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias á que esto puede aplicarse con más razon es la Extremadura: destinada la mayor parte á dehesas para pasto, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto: agréguese á esto que no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del país no tienen más modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, ó darse ellos mismos á la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está más desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos, del hombre de la naturaleza: ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras.... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras: la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el conde de ***, jóven de una ilustracion y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior á todo elogio, en cuya compañía habia salido de Madrid, me invitó á pasar unos dias en una de sus mejores posesiones, famosa en el país por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz y fuera de España, y costándome por otra parte algun trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad habia hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí á admitir un convite que podia proporcionarme ademas una ocasion de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos á habitar por algunos dias: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y hierbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando, una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de día color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algun rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algun otro cuadrúpedo que no nombraré; diversas castas de perros, mastines, caseros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ramas, y tendrá usted la representacion perfecta de la creacion.

La vivienda humana, la poblacion más inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, si no en el número, en la calidad con las mejores de Valencia, de Andalucía y de

Portugal. Tanto éste como los demas pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede ménos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye, y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios*, no es ménos original que su lenguaje. Un mal sombrerillo gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel; calzon de paño burdo; polaina ó botín de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel sin curtir, sujeto á la pierna con cordeles; una canana alrededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorin de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañon largo, llena toda de remiendos y composturas; escopeta, sin embargo, que ninguno de ellos cambiaria por otra de dos cañones, y piston del mismo *Delpire*, y escopeta que jamas les falta. Barba crecida; las pestañas y las cejas comidas de la intemperie; las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin expresion: seres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas semejantes á las de la corteza de los árboles. No pregunte usted á este hombre si hay rey ó reina en Madrid, si es carlista ó liberal, sino si hay caza en el monte. Despues de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza, alguna vez con reclamo, más comunmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y, nuevo Robinson del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre á vender al pueblo inmediato, por siete ú ocho cuartos, el fruto del sudor de un día, que él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente: no puedo hallar otro origen á la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales, que su infinito amor propio: sin embargo, hay animales que valen más que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena si no fueran más que animales.

Pero llega el domingo, día anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres dias: el sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquéllos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos los *puestos*, y éstos para dirigirlos y reconocer las *manchas* ó espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar, alrededor de una encina, oyendo al corsario más experimentado: él explica la caza de la perdiz como la más divertida y honorífica: la de los conejos *al aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino á la madrugada y á la caída de la tarde: en tiempo de su cría, la mejor es la *chilla*: la *mancha de la tristeza*, que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchón* hay venado ó *cachino*; pero eso no se puede cazar sin gran *recova*, y todavía no se han traído todos los perros: él arregla los ojeos para el día siguiente, y asainetea, en fin, su conversacion con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

A la mañana con la aurora, todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas, de pié y en rueda, hunden en un enorme caldero, despues de haberse santiguado, su cuchara de cuerno sin mango; sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar á la mano, y de ésta á la boca: repetida esta operacion hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va á dar la batalla: momento de confusion; nadie pide parecer, cada cual da el suyo: uno pide pólvora, otro perdigones, otro postas, por si sale alguna res; en fin, se carga: los ojeadores, precedidos de un corsario, van á tomar la vuelta de la *mancha* ó espesura designada, y á rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van á ocupar con el mayor silencio los puestos á la parte contraria: allí, estatuas de sí mismos, y árboles entre otros árboles, esperan traidoramente á las víctimas, que ahuyentadas y encaminadas á ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen á ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una *mancha* se pasa á otra, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago; á las tres ó las cuatro se recoge la gente á la casa, y se devora

con apetito parte de la mortandad de la mañana: con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve á la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al día siguiente se repite la misma funcion.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes ó se sobrecogen á la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, ó se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, ó tiran por fin demasiado pronto sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, ó torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar á una liebre la vuelta de *campana*.

Concluida la batida se suman las piezas, se reúnen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de conejos que matarán en el pueblo en el día siguiente: hay quien se atreve á matar con bala, de doce, nueve: se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos, y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven á la ciudad con una insolacion ó un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y de las chanzas de las damas, que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversion que por lo regular aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable: á la larga le sucede siempre alguna avería, ó pierde un ojo ó un dedo, ó se rompe un brazo, y diariamente por lo regular se hiere y se estropea bregando entre la maleza: el sol y el aire, el agua y el frío le combaten; los peligros le cercan; pero todo ello es nada á sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida envidiable para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambicion y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la afición á la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo: el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él: en medio de su frenesí, su podencó mismo entre las matas es un zorro; un compañero que bulle entre la jara es un ciervo, y el burro del ganadero, que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe más de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez: su amigo perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto á las ventajas, apelamos á todo cazador viudo. La verdad: ¿cuál cuesta ménos? ¿cuál vale más?

Se entiende que estas circunstancias sólo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida, de ninguna manera al cazador de Madrid, que equipado de los piés á la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo, por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta á los gorriónes de la pradera del Canal, y se vuelve molido y sudado al anocheecer; despues de haber tenido que comprar algun conejo y una caña de alondras para

á casa
Volver como suele el Conde,
De Toledo vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya, mejor que pudiera yo hacerlo, mi antecesor el *Curioso Parlante*, y le dejaré por lo tanto descansar sobre sus comprados laureles.

Despues de haber sufrido á la intemperie ratos que hubieran sido muy pesados á no haberlos aligerado la compañía del Conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos dias en matar aquellos animales, que ni nos hacian daño, ni nos estorbaban, ni podian oponernos resistencia (si bien á mí me podia tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver á probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocacion, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

TRAMPA DE PERDICES.

(Véase la lámina de la página 9.)

¡Pobres animales!

Vedlos llegar por entre esas verdes espigas, cuyo color hace resaltar más todavía los matices de sus preciosas plumas, lo blanco de sus cuellos y el tinte rojizo de sus patas.

Vedlos cuán graciosos, confiados y tranquilos se acercan mirando con asombro y curiosidad á eso que parece un emparrado cubierto de hojas, dispuesto expresamente para recibirlos en su seno de sombra y de frescura; vedlos cómo se adelantan ajenos á toda sospecha, sin calcular que están al borde del abismo, y que á los pocos pasos les espera la pérdida de la libertad, á ellos, tan apasionados á la vida errante que les ha marcado el destino.

¡Mil veces desgraciadas las ariscas perdices!

No bastan las asechanzas del reclamo, que á tantas cuesta la vida, ni la guerra continua que le hacen todos los cazadores; era preciso que se inventara otro sistema, otro armadizo que las engañase con su fementida apariencia, y eso es justamente lo que reproduce con notable exactitud el grabado que damos en la página 9.

El armazon de que se trata, y que se usa en muchos países, no sirve para dar muerte á las perdices, ni le emplean, como es consiguiente, los cazadores furtivos; su objeto exclusivo es el de procurarse el mayor número posible de estas aves, ya con objeto de repoblar un coto, ya con el de criarlas en grande escala para multiplicar indefinidamente la especie.

No es empresa fácil por cierto la de coger perdices vivas con objeto de aumentar la reproducción; pero la jaula de que nos ocupamos proporciona ampliamente los medios de conseguirlo.

El armadizo se construye, como el grabado lo indica, con palos no muy gruesos paralelos unos á otros, y atados en las extremidades con alambre fino ó bramante encerado, apoyándolo, por supuesto, contra algun terrizo ó alguna pared de esas que se construyen para tapiales.

La época más favorable á este sistema de caza es la del otoño, cuando las hojas empiezan á escasear. Entonces se elige el mayor número posible de las ramas que aún las conservan verdes, y se entrelazan á los palos de la jaula imitando á la naturaleza hasta donde se pueda. El suelo debe estar lleno de regueros de granos de trigo, que irradian del centro del armadizo á los sitios por donde transitan las descuidadas perdices.

Éstas, que ya empiezan á sentir los efectos de la escasez del grano, se engolosinan á la vista del inesperado banquete, y van picoteando con ansia hasta colocarse debajo de la misma jaula, que es donde más abunda el dorado fruto de la pródiga y generosa espiga.

El peso del armazon no le sustentan cuatro palos verticales por los ángulos, sino uno solo puesto delante, y bastante alto para que los animales entren sin recelo. Hay una cuerda atada á dicho palo y en comunicacion con la mano del hombre que acecha escondido. Así que la bandada está dentro, tira repentinamente la cuerda del palo, y al caer ésta cae también al suelo la jaula con estrépito, dejando aprisionadas á las aves víctimas de su voraz apetito.

Mucho tiempo se necesita para calmarlas, porque es tal su furia y su braveza al verse metidas en aquel espacio, que no cesan de brincar en espantosa confusion, como si quisieran romper con la cabeza los barrotes que las separan de un campo que no han de volver á cruzar en alegre compañía como en sus primeros tiempos.

El esmero con que el hombre atiende á que nada falte á su subsistencia, y el lascivo ardor con que se entregan largo tiempo á las exigencias del amor, va poco á poco habituándolas á su nueva vida, olvidando quizás el grave percance de que fueron víctimas y que acabamos de relatar á nuestros lectores.

P. C.

PESCA EN LA ISLA DE CAPRI.

(Véase la lámina de la página 13.)

Vedere Napoli, e poi morire.

Y nada exagera el proverbio italiano que acabamos de recordar.

Desde que se pone el pié en el barco que de Marsella,

Génova ó Liorna, nos ha de conducir á contemplar la magnificencia de la antigua Parthenope, se siente agitado el corazón de una manera extraña, como palpita el de un adolescente al presentir la aparición de la angélica hermosura que ha de fascinarle para siempre.

Orbitello, Porto Ercole, Civita-Vecchia, Fiumicino y Gaeta, cuyos puertos se ven cubiertos de multitud de lanchas pescadoras, parece como que son los heraldos que nos anuncian la risueña realización de nuestra esperanza; del fondo del Mediterráneo surgen también las islas de Ponza, de Palmarola y de Santo Stefano, como muestras de la rica vegetación que van á admirar nuestros ojos, hasta que, después de doblar el cabo Miseno, se penetra en ese golfo, fuente inagotable de inspiración para todos los poetas del mundo, y en cuyo fondo se recuesta voluptuosamente Nápoles, la ciudad divina, sultana de Europa, envuelta en un rosado vapor, que es el impúdico ropaje con que no trata de ocultar sus maravillosos encantos, coronada de verdes pámpanos, como una vacante enloquecida por la fragancia de sus millares de jardines, cobijada bajo un cielo que es una bóveda de turquesas abrigadas por la pureza de un sol primaveral, sonriente como la imagen de la dicha, acariciada por los besos continuos del mar que á sus plantas se extiende, sirviéndole de alfombra azul recamada de plata, y respirando el hálito candente del Vesubio, inmenso faro que Dios ha encendido al lado suyo para que si alguna vez se extingue la luz del día, no quede en perpétua oscuridad tanta y tan espléndida belleza.

No nos detengamos hoy, porque no es ese nuestro propósito, á evocar los recuerdos que despiertan en la mente Portici, Sorrento, Castellamare y el monte Posillipo; contentémonos con mirar extasiados desde á bordo ese anfiteatro, ó precioso estuche donde se guarda la joya engarzada un tiempo en la corona de Castilla, y dando unas cuantas bordadas, sin hacer caso de los gritos con que nos asordan los vendedores de *frutti di mare*, que rodean el buque por todos lados, naveguemos un poco con rumbo á Ischia, Prócida y Capri, esas tres islas, que casi cierran en círculo la gran herradura del golfo napolitano, como si quisieran cortar el paso á las turbulencias del mar de afuera, para que no se empañe la tersura de los espejos en que se mira la peregrina ciudad, ni se altere el sosiego en que descansan los gloriosos restos de Virgilio.

Ischia, la mayor y más considerable de las islas del golfo, cantada por Píndaro y Homero, es una roca blanquecina asentada sobre peñascos inaccesibles. Parece desde lejos una gaviota que se mece en las olas, ó una perla grande rodeada de zafiros. En el centro se alza el Epomeo, antiguo volcán que hoy permanece en silencio, cubierto de viñedos desde la base hasta la misma cumbre. Un canal estrecho la separa únicamente de Prócida, que debe su nombre al terrible director de la famosa conjuración de las *Vísperas sicilianas*. Prócida, con su desmantelado castillo, sus bosques llenos de faisanes, y sus marinos, que son los mejores de toda Italia, vive, como Ischia, de los productos de la pesca. Tres veces al día salen de ambas numerosas lanchas tripuladas por hombres medio desnudos que van á pedir al mar el contingente diario, y el Mediterráneo no se cansa nunca del azote continuo de las redes, mostrándose pródigo y generoso, como en parte alguna, con los que allí buscan el sustento en las profundidades de su misterioso seno.

Lo mismo, y aún en mayor escala, sucede en Capri, isla famosa por sus vinos, por su gruta azul, sin rival en el mundo, y por los doce palacios que en ella hizo construir la titánica soberbia de Tiberio. A excepción de algunos *ciceroni*, dedicados á servir á los extranjeros de guías, todos los habitantes de Capri son pescadores desde que nacen hasta que mueren; todos son hijos del mar, y todos saben sorprender los secretos y explotar los tesoros de su padre.

El terreno de la isla es de una fertilidad perenne, y los peñascos, de color ferruginoso, contrastan con el verde de las viñas y olivares y con las anchas hojas de las higueras, cuyos frutos se convierten en terrones de miel bajo los rayos del mismo sol que alegra las costas de Andalucía.

La ciudad se anida, como águila imperial, en la parte más elevada de la isla, y allí, revuelto entre ruinas y tro-

zos de columnas, quizás en el mismo sitio en donde Tiberio hizo edificar por alarifes griegos la quinta de Júpiter, vive un pobre ermitaño en su capilla, y abrazado á la cruz del calvario, pide tal vez perdón al cielo por los desórdenes infames del orgulloso emperador romano.

Bajemos de las alturas de la ciudad á visitar las riberas de la isla, que es donde está concentrada la vida presente de aquel pueblo.

El mar, para los habitantes de Capri, es el elemento en que residen de continuo. Las casas, las chozas, ó los tinglados que arman con las velas y los remos, sólo puede decirse que les sirven para depositar los cestos del pescado. La lancha es su cuna, su vivienda flotante, su filón, su templo, su porvenir y su tumba. En ella duermen, en ella comen, en ella ganan el sustento, en ella esculpen toscamente la imagen de la *Madonna* ó la del santo que tienen por patron. Hacer una barca y botarla al agua, es el acto más solemne de la vida. Cuando la barca se descuaderna de puro vieja, ó cuando la tempestad la destroza contra las peñas, hay duelo en las familias, y se llora la pérdida como la del ser más querido del alma.

Antes de amanecer, sale la primera tanda de barcos pescadores, bogando á fuerza de remo, ó con las velas hinchadas al soplo de la brisa. Cualquiera les confundiría al pronto con una bandada de palomas que dejasen los nidos para saludar ántes que nadie la salida del sol. Las mujeres esperan en la playa á los que se van, haciéndoles la comida, ó componiendo las redes con lanzaderas de palo. Los chicuelos y los jóvenes de ambos sexos no permanecen inactivos.

Apénas provistos de un simple trozo de cuerda, el anzuelo atado á una punta, trepan por aquellas rocas, y aprovechando un sitio cómodo para tenderse, pasan las horas con la mirada fija en el corcho, que revela los movimientos del pescado que ha mordido.

Uno de esos momentos que tiene la solemnidad de la incertidumbre, una de esas escenas sublimes por la sencillez misma de su acción, es la que ha elegido el pintor español para trazar el cuadro de que es copia exacta la lámina que damos en este número, y cuyo dibujo ha sido hecho también por el mismo inspirado artista D. Jaime Morera y Galicia.

¡Concepción tierna y melancólica, que habla á los sentidos el lenguaje claro de la verdad, sin ningún accidente que la desfigure!

Ese *lazzarone* en ciérnes, tostado por el aire del mar, y en un traje que revela la benignidad del clima, ha resuelto probar fortuna mientras el padre la busca con las redes á mayor distancia. Á su lado hay una muchacha que viste el corpiño y la falda pintoresca del país. ¿Será acaso la prometida del joven pescador á quien hace compañía, y cuya sed puede templar con el cántaro de agua que ha llevado á la pesquera? ¿Quién puede saberlo, ni quién adivinar lo que pasa en la mente de la muchacha, que parece arrobada en ese éxtasis del pescador, sobre todo cuando tiene por fondo del panorama que á su vista se ofrece la inmensidad de los mares y la bóveda del firmamento!

Si fuese posible dar la vuelta en un solo instante á las playas de Capri, se verían en todas partes escenas como las que reproduce nuestra lámina. En el ínterin, á la primera expedición de barcas ha sucedido la segunda, y poco después la tercera. Aquello es un flujo y reflujo de barquichuelos que no cesa nunca; mientras unos pescan, otros van á Nápoles á vender los cestos, en donde los peces, medio vivos todavía, saltan y se agitan, como si pidieran que los volvieresen á echar al agua.

Hecha la venta del pescado, y después de engullirse, de una manera caprichosa, un gran plato de macarrones, vuelven los pescadores á Capri á la luz de la luna, que argenta las aguas murmurantes del golfo, ó al resplandor incierto de las estrellas que enriquecen el negro manto de la noche.

Y vuelven á su faena contentos y felices, y vuelve el mar á darles en abundancia las delgadas anguilas, los sonrosados salmonetes, los lenguados de blanca y exquisita carne, las inquietas pescadillas, y todas las variantes, en fin, que constituyen la gran familia ictiológica, tan numerosa y tan escogida en las zonas marítimas que terminan en las playas de Italia.

Dejemos ya, no sin exhalar un suspiro de tristeza, á las hermosas mujeres de Capri, con sus cuellos adornados de cuentas de oro y del coral que allí se cria; dejemos á sus pescadores, afamados unos con la maniobra de gobernar el barco, y otros con la de echar la red desde los tablones de la popa; saludemos por última vez á Ischia y á Prócida, que nos sonríen para atraernos á las delicias de sus matizados verjeles, y no volvamos la cara hácia la poética y suntuosa Nápoles, porque entónces.

Estos puntos suspensivos encierran un mundo de patriotismo.

C. T.

EL GALGO DE ESCOCIA.

(Véase la lámina de la página 16.)

Los galgos se caracterizan principalmente por su porte fino, vientre muy enjuto, piernas largas y delgadas, larga cola, aguda, poco arqueada; sus orejas inclinadas hácia atras, rectas, pero con la punta caída, y los labios cortos.

Lo que en esta raza llama más la atención es la forma de su pecho, vasto, ancho, para encerrar sus pulmones, que pueden servir para todas las necesidades producidas por la hematosis aumentada por la congestión pulmonar que produce la carrera.

Las partes blandas son, por el contrario, muy reducidas, á fin de equilibrar el peso del cuerpo, por el desvolvimiento del esqueleto torácico.

Esta conformación es un indicio cierto, en el animal que presenta estos síntomas, de su aptitud para la carrera.

El cuerpo está cubierto de pelos apretados, finos y relucientes; algunas razas los tienen muy largos. Por lo regular son de un amarillo rojizo ó del mismo color que el del corzo. Rarísimas veces su piel está manchada.

El galgo ve y oye muy bien; pero su olfato es poco sutil, y se distingue de los demás perros por sus costumbres, pues no manifiesta ningún afecto por su amo, dejándose halagar por todo el mundo, y halagando á todos los que se acercan á él. Una cosa sin importancia los pone furiosos y los obliga á enseñar los dientes, no mostrando ningún cariño al hombre sino mientras se ve acariciado continuamente.

Su infidelidad es histórica. Eduardo III, rey de Inglaterra, apenas había muerto, cuando ya su querida le había quitado una preciosa sortija que llevaba en su dedo, y su galgo le abandonaba para seguir á sus enemigos. Esto prueba que hay mujeres que se parecen á los galgos. ¡Qué diferencia de los perros que viven sobre las tumbas de sus dueños y no los olvidan sino después de pasados muchos años!

El galgo se conduce con los otros perros lo mismo que con el hombre. Sin embargo, á pesar de sus muchos defectos, presta buenos servicios; en ciertos sitios es hasta indispensable á los cazadores. Los tártaros, los persas, los sirios, los beduinos, las kabilas, los árabes y todos los habitantes del interior del África y del Asia, lo estiman mucho.

En España se emplea poco el galgo. Es útil solamente para la carrera de liebres; así es que cazar con galgos está prohibido en muchos sitios, como sucede en Francia.

Sin embargo, el galgo se adiestra con facilidad. Se principia primero, cuando tiene año y medio, por tenerlo sujeto, y al poco tiempo está ya acostumbrado; después se le conduce al campo acompañado de otro galgo viejo, y se le lanza sobre la liebre, teniendo cuidado de seguirlos á caballo.

Esta caza ofrece un espectáculo curioso. La liebre, que es un animal inteligente, en el momento en que el perro está á punto de alcanzarla, da un salto, y el galgo, arrastrado por su propio impulso, la deja atrás á una gran distancia, de tal modo que, mientras éste vuelve de nuevo á emprender su carrera, la liebre le ha ganado la delantera y puesto entre ambos un gran trecho.

Una cacería duraría indefinidamente si no se pusieran dos galgos en persecución de una liebre sola; el uno para perseguirla, el segundo para cortar el camino.

En el momento de su captura, el cazador debe acudir inmediatamente, pues si no llega á tiempo, los galgos desgarrarían y devorarían su presa. Se llama salvador al

galgo que impide á los otros comersela caza, y solista al que puede solo acorralar á una liebre.

Los galgos son, como antes hemos dicho, de todos los perros, los que mejor corren; entre éstos, unos tienen el pelo corto y otros largo. El de Escocia tiene el pelo rizado, y sirve igualmente para la caza del zorro, del lobo y del ciervo; raza, repetimos, apreciableísima, como pueden ver nuestros lectores por el hermoso ejemplar que representamos en nuestra lámina, á la que pertenecía *Moida*, el célebre perro de Walter Scott.

V. C.

CAZA DE ELEFANTES

EN LA COSTA DEL ORO.

Los bosques inmensos que cubren por lo ménos las dos terceras partes de la superficie territorial de la costa del Oro, en el África central, abundan en animales de todo género, especialmente en elefantes, vacas, toros salvajes y antílopes de cuantas especies se conocen. Los indígenas, sin embargo, no son cazadores, y jamás, de memoria humana, han pensado siquiera en reunirse para organizar batidas que les hubieran sido muy provechosas, tanto bajo el punto de vista de la alimentación de sus familias, como bajo el del comercio, porque el cambio del marfil y de las pieles de aquellos animales les daría grandes rendimientos, traficando con los marinos europeos que van á las costas africanas en busca de lo que sólo en ellas se produce. Pero los habitantes del país no son más que pescadores y pescadores consumados, puesto que no se ocupan de otra cosa desde que nacen hasta que mueren. Algunas veces, al ir á visitar los plantíos de batatas y de plátanos, encuentran una manada de elefantes cogiendo la cosecha por su cuenta. Entónces, si llevan escopetas, hacen fuego, sin apuntar apenas, y huyen despavoridos volviendo en gran número al siguiente día por ver si ha caído algún animal en la tirada. Lo más común en el africano, cuando tiene tal encuentro, es esconderse bajo las matas, esperar á que se alejen los toros ó los elefantes, y volverse tranquilamente á su choza.

En el mes de Julio último, el intérprete de la colonia de Abisinia dió noticia á la oficialidad de una fragata de guerra, surta en la bahía, de que una familia de elefantes, compuesta de dos machos y tres hembras, había hecho su aparición en la isla de la Noche, situada á dos kilómetros de la playa, y que era fácil sorprenderla á la salida del sol en los matorrales que ocupan el centro de dicha isla.

Á las tres de la madrugada se pusieron en marcha los cazadores armados de revolvers y escopetas de gran calibre.

El guía de la expedición llevaba una carabina rayada y un sable ancho y afilado para ir cortando los jarales que entorpecían el paso de la comitiva. Los barqueros remaban con tal silencio, que la lancha se deslizaba como una carpa por el agua, que apenas rizaban las brisas suaves de una mañana del estío. Además era del mayor interés no llamar la atención de los desprevenidos paquidermos.

El elefante tiene el oído finísimo á causa de la facultad de concentrar en sus enormes orejas todos los ruidos que se producen, y el maravilloso instinto que posee, le advierte de los que no son de buen agüero para él y los demás individuos de su especie. El silencio, pues, es de rigor, y la barca iba navegando cautelosamente, cuando el guía dió la señal de alto designando el punto en que era preciso atracar y tomar tierra.

Los cazadores avanzaban sin escuchar otro rumor que el del zumbido continuo de los millares de insectos que roían las hojas de aquella magnífica vegetación, hasta que al fin dieron con la pista de los elefantes, marcada, no sólo por las huellas, algunas de las cuales medían 35 centímetros de largo por 25 de ancho, sino por el estiércol, humeante aún, que iban dejando como señales evidentes de su paso. Además los expedicionarios encontraban los árboles, cuyos gruesos troncos estaban raspados en su parte inferior, formando una especie de ranura que hacen los elefantes restregando la corteza con su propia piel, á fin de procurarse un hueco ó punto de apoyo donde pasar cómodamente la noche. Por último, llegaron á un claro

donde la familia se desayunaba con las hojas y los retoños tiernos cubiertos de ese fresco rocío que tanto abunda en los climas africanos. El terreno era peligroso por lo resbaladizo, y los cazadores eligieron un árbol de los muchos que, inclinados hácia delante y llenos de olorosas flores, elevaban la perfumada copa sobre las otras plantas. Este era el refugio en que habían de acogerse inmediatamente después de tirar, según recomendación expresa del intérprete.

Hecha la señal de fuego, se oyó una descarga cerrada, subiéndose los tiradores á escape al árbol designado de antemano, á excepción del guía que no pareció.

Al eco de las detonaciones respondieron al momento furiosos rugidos: el bosque se estremeció como sacudido por la tempestad: los árboles temblaban lo mismo que si el huracán los descuajara, cuando los cazadores, llenos de zozobra, vieron ir hácia ellos á los cinco elefantes con la trompa levantada y echando sangrientos espumarajos por la boca; pero pasaron corriendo sin fijarse en el árbol que los cobijaba. Cuando ya estaban lejos, bajaron del escondite á recoger las escopetas dando grandes voces para llamar al guía; ninguna voz respondió á las suyas: los gritos, repercutidos por el bosque, fué la única respuesta que pudieron alcanzar. En el claro había quedado sin vida un elefante adulto, cuyos colmillos brillaban á la luz del sol, como si ya estuviesen bruñidos por mano del hombre. Los barqueros trataron de levantar un poco la enorme cabeza del animal, y al ir á cortar troncos que les sirvieran de palanca, descubrieron á pocos pasos el cuerpo del guía convertido en una masa informe de carnes. Le faltaba la cabeza y los brazos, y debió sin duda subir á un árbol lleno de las monstruosas hormigas que hay en la costa del Oro, cuyas picaduras se asemejan á las de las serpientes. Mordido por aquellos animales, según se veía claramente en la piel, no pudo contener las exclamaciones arrancadas por el dolor físico, denunciando así á los elefantes su escondite, y muriendo bajo las cuchilladas de tan tremendos enemigos.

Sepultado el cuerpo del infeliz, dieron la vuelta los cazadores á la colonia, cuyos habitantes, después de arrancar los colmillos al elefante muerto, adobaron la carne de éste, regalo exquisito de que sólo disfrutaban cuando los europeos se aventuran á emprender expediciones como la que acabamos de referir á nuestros lectores.

T.

CAZADEROS DE NAVARRA.

CASTEJON.

Este soto es del Conde de Santa Coloma, distante un kilómetro de la estación de empalme de Castejon.

Algo menor que el de Murillo, tiene dos guardas, y un administrador que reside ordinariamente en Fitero.

Pocos sotos en toda la ribera del Ebro se hallarán en mejores condiciones que éste.

Haciendo caso omiso del palacio que domina la finca, y en el que hay cabida para docenas de cazadores, la buena fonda de la estación citada, con un trato confortable y excelentes dormitorios, á medio tiro de bala del cazadero, son razones harto poderosas para que éste sea frecuentado.

Sin que pueda decirse que la caza abunda, es muy agradable de cazar, y tiene algunos conejos, escasísimas perdices y grandes tiraderos de patos.

No se halla tan celado como debiera, dado el hecho de tener dos guardas para poco terreno; pero la vigilancia es algo dudosa por parte de uno de ellos, no siendo nuevo el caso de cazar sin permiso quien se ha propuesto conseguirlo.

Son frecuentes las señales de huronco, y según se dice, los cazadores furtivos de pueblos cercanos pasan el Ebro en balsas hechas con haces de junco, y merodean en el soto á su sabor.

Como consecuencia de los males que trae consigo una guerra civil, la colonia ambulante que se estableció en las cercanías de Castejon, cuando el trasbordo obligado por la rotura del gran puente de hierro, abusó mucho de su proximidad al vedado, y creo ha de tardar en volver á los buenos tiempos en que, según dice el administrador, mató el malogrado general Concha, en un ojeo, y sin



PESCA EN LA ISLA DE CAPRI.

moverse del mismo sitio, veintitres conejos, cuyo número, si entónces no era excesivo, en cambio hoy, en un día completo de caza, no tira un cazador aquellos tiros.

Tiene el soto tiraderos francos, algunos zarzales que mantienen hoy la caza, y sobre todo la Madre Vieja, que es el mejor sitio de él, y se halla muy frondoso de carrizo y zarzas, que sirven de gran defensa, por ser en muchos puntos impenetrable para los perros.

En días serenos, en la orilla aquella del Ebro, y entre los pequeños montones de tierra y maleza que hay entre el cascajo, encaman los conejos y se tiran cómodamente.

También se ven algunos, aunque pocos, cerca de la casa del segundo guarda, que se halla al fin de la posesión, al lado de los corrales del ganado.

Finalmente, el soto es de condiciones inmejorables, siempre que se administre bien y sea guardado con fidelidad.

SOTOS DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES.

Se prolongan á derecha é izquierda del camino de hierro y ribera del Ebro por la parte de Navarra. Como prefiere su dueño tener leña y pastos á la caza, ésta se halla escasa.

Sin embargo, todavía pueden tirarse algunos conejos, pocas liebres y bastantes perdices y becadas.

Hay muy próximo al puente de hierro de Castejon una extensa laguna muy cerrada por carrizos y maleza, donde no pueden entrar los cazadores ni casi los perros, por el mucho fango; tiene en toda época gran número de patos y diversidad de aves acuáticas, como pollas de agua, gallinetas, agachadizas y cercetas, que no pueden casi ser tiradas por las dificultades que se ofrecen para hacerlas levantar de su refugio.

En cambio, la prolongación de un gran espacio de terreno abundante en coscoja y matas aisladas y fuertes matorrales, que empieza á mitad del camino, entre el Ebro y Milagro, y termina á la orilla de dicho río, es muy bueno para liebres, y sería de extrañar el que no se vieran varias cazando en mano.

Inmediato á aquél entra el arbolado, y á pesar de los muchos boquijos y vivares, se pasa bien un día tirando conejos.

También este soto fué de los castigados durante la última guerra, á pesar de los desvelos de su buen administrador, por su proximidad al muelle provisional del trasbordo, y los faeneros y auxiliares que en aquellos contornos acampaban, hacían su agosto comiendo caza diariamente y á poca costa.

En la raya de aquél, y en una venta construida con adobes, residía una familia que siempre vendía caza condimentada, manteniendo gran número de perros y que poseía una pareja de hurones. Al amanecer, uno de los habitantes en ella cogía una azada al hombro, los consabidos bichos en la cesta, y los perros de descubierta, regresando á las pocas horas con el saco repleto á la espalda, después de dejar cavados algunos vivares.

También hace bastantes años que aquel sitio es el cazadero de uno de los fondistas de Castejon, que tira bien y tiene además la seguridad que da una gran práctica en el terreno que recorre.

Hoy por hoy no es punto de caza que compense las incomodidades de hacer una expedición, y únicamente en el caso de no poder ir á otro punto, podría irse á aquel.

A. L. B.
(Pamplona.)

NUEVA LEY DE CAZA.

DON ALFONSO XII,

Por la gracia de Dios REY constitucional de España.

Á todos los que la presente vieren y entendieren, sabed: que las Cortes han decretado y Nos sancionado lo siguiente:

SECCION PRIMERA.

Clasificación de los animales.

Artículo 1.º Los animales, para los efectos de esta ley, se dividen en tres clases:

Primera. Los fieros ó salvajes.

Segunda. Los amansados ó domesticados.

Tercera. Los mansos ó domésticos.

Art. 2.º Son animales fieros ó salvajes los que vagan libremente y no pueden ser cogidos sino por la fuerza.

Art. 3.º Son animales amansados ó domesticados los que, siendo por su naturaleza fieros ó salvajes, se ocupan, reducen y acostumbran por el hombre.

Art. 4.º Los animales amansados ó domesticados son propios del que los ha reducido á esta condición mientras se mantienen en ella. Cuando recobran su primitiva libertad, dejan de pertenecer al que fué su dueño, y son del primero que los ocupa.

Art. 5.º Son animales mansos ó domésticos los que nacen y se crían ordinariamente bajo el poder del hombre, el cual conserva siempre su dominio.

Aunque salgan de su poder, puede reclamarlos de cualquiera que los retenga, pagando los gastos de su alimentación.

Art. 6.º Los animales fieros ó salvajes pasan á poder de los hombres por la caza.

Art. 7.º Se comprende, bajo la acepción genérica de cazar, todo arte ó medio de perseguir ó de aprehender, para reducirlos á propiedad particular, á los animales fieros ó amansados que hayan dejado de pertenecer á su dueño por haber recobrado su primitiva libertad.

SECCION SEGUNDA.

Del derecho de cazar.

Art. 8.º El derecho de cazar corresponde á todo el que se halla provisto de las correspondientes licencias de uso de escopeta y de caza.

Art. 9.º Este derecho puede ejercitarse en los terrenos del Estado ó de los pueblos y en los de propiedad particular, con sujeción á lo dispuesto en esta ley.

En los terrenos del Estado ó de los pueblos que no se hallen vedados por quien corresponda será lícito cazar, según determina el art. 8.º

En los de propiedad particular sólo podrá cazar el dueño y los que éste autorice por escrito.

Art. 10. Todo propietario puede conceder licencia á un tercero para que utilice el derecho que le concede el artículo anterior, estableciendo las condiciones que tenga por conveniente, pero sin contrariar las de la presente ley.

Art. 11. Cuando el propietario no establezca condiciones especiales para cazar en su propiedad, se entenderá concedido el permiso con arreglo á las prescripciones de esta ley.

Art. 12. Cuando una finca pertenezca á diversos dueños, cada uno de los propietarios, por sí ó por la persona que le represente, tiene derecho á cazar; pero no podrá conceder permiso á otro que no sea su representante para que lo haga mientras no obtenga el consentimiento de los condueños que reúnan al menos dos terceras partes de la propiedad.

Art. 13. El derecho de cazar corresponde al arrendatario de la finca si en el contrato de arriendo no se hubiese estipulado lo contrario.

Art. 14. Cuando el usufructo se halle separado de la propiedad, ó la finca esté concedida en enfiteusis, el derecho de cazar corresponde al usufructuario ó enfiteuta. Cuando la finca esté en administración ó en depósito judicial ó voluntario, incumbe al administrador ó depositario la facultad de conceder ó negar el permiso de cazar.

Art. 15. Considerándose cerradas y acotadas todas las dehesas, heredades y demás tierras de cualquiera clase pertenecientes á dominio particular, nadie puede cazar en las que no estén materialmente amojonadas, cerradas ó acotadas sin permiso escrito de su dueño mientras no estén levantadas las cosechas.

En los terrenos cercados y acotados materialmente, ó en los amojonados, nadie puede cazar sin permiso del dueño.

Art. 16. El cazador que, usando de su derecho de caza, desde una finca donde le sea permitido cazar, hiera una pieza de caza menor, que cae ó entra en propiedad ajena, tiene derecho á ella; pero no podrá entrar en esta propiedad sin permiso del dueño cuando la heredad esté materialmente cerrada por seto, tapia ó vallado, si bien el dueño de la finca tendrá el deber de entregar la pieza herida ó muerta.

Quando la heredad no esté cerrada materialmente, el cazador podrá penetrar sólo á coger la pieza herida ó muerta sin permiso del dueño; pero será responsable de los perjuicios que cause.

SECCION TERCERA.

Del ejercicio del derecho de caza.

Art. 17. Queda absolutamente prohibida toda clase de caza en la época de la reproducción, que es en las provincias de Álava, Ávila, Burgos, Coruña, Guipúzcoa, Huesca, Leon, Logroño, Lugo, Madrid, Navarra, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Soria, Valladolid, Vizcaya y Zamora, desde 1.º de Marzo hasta 1.º de Setiembre, y en las demás del Reino, incluidas Baleares y Canarias, desde el 15 de Febrero al 15 de Agosto. En las albuferas y lagunas donde se acostumbra á cazar los ánades silvestres, podrá realizarse hasta el 31 de Marzo.

Las palomas, tórtolas y codornices podrán cazarse desde 1.º de Agosto en aquellos predios en que se encuentren levantadas las cosechas.

Las aves insectívoras, que determinará un reglamento especial, no pueden cazarse en tiempo alguno en atención al beneficio que reportan á la agricultura.

Art. 18. Los dueños particulares de las tierras destinadas á vedados de caza, que estén realmente cercadas, amojonadas ó acotadas, podrán cazar en ellas libremente en cualquier época del año, siempre que no usen reclamos ni otros engaños á distancia de 500 metros de las tierras colindantes, á no ser que los dueños de éstas lo autoricen por escrito.

Art. 19. La caza de la perdiz con reclamo queda absolutamente prohibida en todo tiempo, salvo lo dispuesto en el artículo anterior.

Art. 20. Se prohíbe en todo tiempo la caza con huron, lazos, perchas, redes, liga y cualquiera otro artificio, excepción hecha de los pájaros que no sean declarados insectívoros en el reglamento que se forme al efecto y de la concesión que contiene á favor de los dueños de terrenos el artículo 18.

Se prohíbe igualmente la formación de cuadrillas para perseguir las perdices á la carrera, ya sea á pie ó á caballo.

Art. 21. Toda caza queda terminantemente prohibida en los días de nieve y en los llamados de fortuna.

Art. 22. Se prohíbe cazar de noche con luz artificial.

Art. 23. No se permite cazar con armas de fuego sino á la distancia de un kilómetro, contado desde la última casa de la población.

Art. 24. Los dueños ó arrendatarios de propiedades destinadas á la cría de caza pueden colocar en ellas toda clase de útiles para la destrucción de animales dañinos ó seguridad de la finca; pero en manera alguna en los caminos, veredas ó sendas de la misma propiedad.

Art. 25. Queda terminantemente prohibida la circulación y venta de caza y de pájaros muertos en toda España é islas adyacentes durante la temporada de veda, con la sola excepción marcada en el artículo 27.

Art. 26. Los arrendatarios de montes y los que se dediquen á la industria de la saca de conejos podrán tener hurones, previo el permiso del gobernador civil de la provincia, el cual hará que se lleve un registro de los que conceda.

Dicho permiso se registrará en el Ayuntamiento en que esté domiciliado el que le obtenga, previo el pago de la contribución que corresponda por el que ejerza dicha industria.

Art. 27. El dueño de monte, dehesa ó soto que en tiempo de veda quiera aprovechar los conejos que haya en su propiedad, podrá matarlos por cualquier medio, y previa licencia escrita de la autoridad local, venderlos desde el 1.º de Julio en adelante. Desde esta fecha hasta que termine la época de veda los conejos así muertos no podrán ser conducidos por la vía pública sin licencia del alcalde del término municipal en que radiquen las tierras en que fueron cazados.

Art. 28. Únicamente podrá cazar el que haya obtenido del gobernador civil de la provincia licencia de uso de escopeta y licencia de caza. Estas licencias sólo ser-

virán para un año desde su fecha, y se concederán con arreglo á las leyes.

Art. 29. Sólo podrán otorgarse licencias de caza por los gobernadores de las provincias, que en ningún caso las podrán conceder grátis.

Continuarán, sin embargo, los capitanes generales con la facultad de conceder licencias gratuitas é intransferibles de caza únicamente á los militares en activo servicio, á los retirados con sueldo y á los condecorados con la cruz de San Fernando, cuyas circunstancias se harán constar precisamente en las mismas licencias, á las que acompañará siempre la cédula personal del interesado.

Art. 30. Los propietarios ó arrendatarios de los sitios destinados á la cría de caza pueden nombrar guardas jurados con sujeción á lo que determine el reglamento.

Art. 31. Las declaraciones de los guardas jurados en las denuncias que hagan con arreglo á esta ley tendrán la fuerza de prueba plena, salvo siempre la justificación en contrario.

SECCION CUARTA.

De la caza de las palomas.

Art. 32. No podrá tirarse á las palomas domésticas ajenas sino á la distancia de un kilómetro de la población ó palomares, y aún así no podrá hacerse con señuelo ó cimbeles ni otro engaño.

Art. 33. Para evitar los perjuicios que en ciertas épocas del año pueden causar las palomas, tanto domésticas como silvestres, dedicadas á criaderos en palomar, los alcaldes de los pueblos donde existan los palomares dictarán las disposiciones que crean oportunas, fijando las épocas en que deben hallarse cerrados.

SECCION QUINTA.

De la caza con galgos.

Art. 34. Desde 1.º de Marzo á 15 de Octubre se prohíbe en toda España é islas adyacentes la caza con galgo en las tierras labrantías desde la siembra hasta la recolección, y en los viñedos desde el brote hasta la vendimia.

Art. 35. Los que quisieren cazar con galgos deberán obtener una licencia especial del gobernador civil de la provincia, previo el pago de 25 pesetas, cuya licencia sólo servirá para un año desde su fecha, seis personas y 10 perros.

SECCION SEXTA.

De la caza mayor.

Art. 36. La veda establecida para la caza menor comprende también á la mayor.

Art. 37. Todo cazador que hiera á una res tiene derecho á ella mientras él solo ó con sus perros la persiga.

Art. 38. Si una ó más reses fuesen levantadas y no heridas por uno ó más cazadores ó sus perros, y otro cazador matase una ó más de aquéllas durante la carrera, el matador y los compañeros que con él estuvieran cazando tendrán iguales derechos á la pieza ó piezas muertas que los cazadores que las hayan levantado y persigan.

SECCION SÉTIMA.

De la caza de animales dañinos.

Art. 39. La caza de animales dañinos que determinará el reglamento es libre en los terrenos del Estado ó de los pueblos, y en los trasjeros de propiedad particular no cerrados ó amojonados; pero en los cercados, pertenezcan á pueblos ó á los particulares, no será permitida sin licencia escrita de los dueños ó arrendatarios.

Art. 40. Los Alcaldes estimularán la persecución de las fieras y animales dañinos, ofreciendo recompensas pecuniarias á los que acrediten haberlos muerto.

Al efecto incluirán entre sus gastos obligatorios la correspondiente partida en el presupuesto municipal de cada año.

Art. 41. Cuando las circunstancias lo exijan, los Alcaldes, previa autorización del Gobernador civil de la provincia, podrán obtener batidas generales para la destrucción de animales dañinos y el envenenamiento de éstos.

Tomarán las medidas necesarias para la seguridad y conservación de las personas y de las propiedades, el

modo, la duración, el orden y la marcha de la operación, y todas las demás que sean necesarias para asegurar la regularidad y evitar los peligros y los inconvenientes.

Art. 42. Las batidas y los envenenamientos serán dirigidos por personas peritas que nombrarán las Autoridades administrativas, y se anunciarán durante tres días consecutivos por medio de bandos en el pueblo en cuyo término haya de tener lugar y en los pueblos colindantes.

Art. 43. El resultado se pondrá en conocimiento del Gobernador civil de la provincia por medio de un informe en el que se consignarán todas las observaciones necesarias á dar cuenta exacta de la forma en que se ha llevado á efecto la operación.

SECCION OCTAVA.

Penalidad y procedimientos.

Art. 44. La acción para denunciar las infracciones de esta ley es pública.

Queda absolutamente prohibida la venta de caza viva ó muerta durante el tiempo de la veda.

Los contraventores serán castigados con la pérdida de la caza que se encuentre en su poder, la cual se repartirá por mitad entre el denunciante y el agente de la Autoridad que hiciere la aprehensión, procediéndose en estas denuncias en conformidad á lo dispuesto en los dos artículos siguientes 45 y 46 de esta ley.

Art. 45. Las denuncias por infracciones de esta ley se sustanciarán forzosamente á los ocho días de formalizadas, bajo la responsabilidad del Juez municipal, el cual tendrá la obligación de dar recibo al denunciante de la fecha en que la admite.

Art. 46. Las referidas denuncias se sustanciarán en juicio verbal de faltas, oyendo al denunciador, al Fiscal y al denunciado si se presenta, recibiendo las justificaciones que se ofrezcan y pronunciando en el acto la sentencia, consignándolo todo en un acta que firmarán los concurrentes y el Secretario. Cuando la sentencia sea condenatoria, se impondrá el pago de las costas al denunciado.

Art. 47. En las infracciones de esta ley se impondrá siempre la pérdida del arma ó del objeto con que se pretenda cazar. El arma podrá recuperarse mediante la entrega de 50 pesetas en papel de pagos.

Art. 48. En todo caso el infractor será condenado á la indemnización del daño según tasación pericial, á la pérdida de la caza y á una multa que por primera vez será de 5 á 25 pesetas, por la segunda de 25 á 50 y por la tercera de 50 á 100, siempre en papel de pagos.

Art. 49. El insolvente en el pago de esta multa sufrirá un día de arresto por cada 2 pesetas y 50 céntimos que deje de satisfacer.

Art. 50. El que entrando en propiedad ajena sin permiso del dueño sea cogido infraganti con lazos, hurones ú otros ardides para destruir la caza, será considerado como dañador, y entregado á los Tribunales ordinarios para que le castiguen con arreglo al art. 530 del Código penal.

Art. 51. Toda persona que destruya los nidos de perdices y los demás de caza menor será condenada en juicio de faltas á pagar de 5 á 10 pesetas por primera vez, de 10 á 20 pesetas la segunda y de 20 á 40 la tercera. El que en tiempo de veda destruya los nidos de las aves que el reglamento especial considere útiles á la agricultura, será castigado la primavera vez con una multa de 1 á 5 pesetas, la segunda de 5 á 10, y la tercera de 10 á 20.

Art. 52. El que por más de tercera vez infrinja las disposiciones de esta ley será considerado reo de daño, y entregado á los Tribunales para que como tal se le juzgue.

Art. 53. Los padres, representantes legales y amos de los infractores serán responsables civil y subsidiariamente por las infracciones que cometan sus hijos, criados ó personas que estén bajo su poder.

Art. 54. La acción para perseguir las infracciones de la presente ley prescribe á los dos meses de haberlas cometido.

DISPOSICIONES GENERALES.

Primera. Queda á cargo de la Guardia civil, que por su instituto ejerce vigilancia en el campo y despoblado, el cumplimiento de esta ley en todas sus partes.

Segunda. El Gobierno de S. M. publicará los reglamentos necesarios para la ejecución de la presente ley.

Tercera. Toda licencia de caza llevará impresos en el reverso los artículos de esta ley y del reglamento que se consideren necesarios.

Cuarta. Los Gobernadores de provincia tendrán obligación de publicar, quince días antes de empezar y concluir el tiempo de la veda, edictos recordando el cumplimiento de las disposiciones de esta ley.

Quinta. Quedan, en su virtud, derogadas todas las ordenanzas, pragmáticas, reglamentos, decretos y leyes anteriores á ésta en cuanto se refieran á la caza.

Por tanto:

Mandamos á todos los Tribunales, Justicias, Jefes, Gobernadores y demás Autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquier clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes.

Dado en Palacio á diez de Enero de mil ochocientos setenta y nueve.—YO EL REY.—El Ministro de Fomento, C. FRANCISCO QUEIPO DE LLANO.

REAL DECRETO.

Para llevar á efecto lo dispuesto en la base segunda de las disposiciones transitorias para la ley de caza y pesca, y conformándose con lo propuesto por el Ministro de Fomento,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se nombra una Comisión encargada de formar el oportuno reglamento, compuesta de los señores D. José Luis Albareda, D. Pedro Fernandez de Córdoba, Marqués de Mirabel; D. Pascual Frígola y Ahis, Barón de Córtes de Pallás; D. José Manuel Goyoneche y Gamio, Conde de Guaqui; D. José Gutierrez de la Vega, D. Aquilino Herce, D. Felipe Juez Sarmiento, Marqués de Cusano; D. Antonio Angel Moreno, D. Agustín Pascual, D. Alejandro Pidal, D. Cayo Quiñones de León, Marqués de San Carlos, y D. Francisco de las Rivas y Urriaga.

Art. 2.º Los cargos de Presidente y Secretario de esta Comisión se elegirán por los individuos que la componen de entre los que formen parte de ella.

Dado en Palacio á diez de Enero de mil ochocientos setenta y nueve.—ALFONSO.—El Ministro de Fomento, C. FRANCISCO QUEIPO DE LLANO.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 10 DE ENERO.

La primera piña, de tres palomas y tres tiradores, la ganó, matando cinco de siete tiros, D. Francisco Lazo (socio de Sevilla), contra los señores Conde de Gomar y D. Juan Luis Lazo (socio de Sevilla).

La segunda piña, de cinco palomas y siete tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, D. Santiago Udaeta, contra los Sres. Conde de Gomar, D. Francisco Lazo, D. Eduardo Anspach, D. Juan Luis Lazo, Marqués de Ahumada y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tercera piña, lo mismo que la anterior y ocho tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los señores D. Juan Luis Lazo, D. Francisco Lazo, Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon, Conde de Gomar, D. Santiago Udaeta y Conde de la Corzana.

La cuarta piña, lo mismo que las anteriores, de nueve tiradores y tres palomas, la ganó, matando tres de tres tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. D. Francisco Lazo, D. Eduardo Anspach, Conde de la Corzana, D. Juan Luis Lazo, Conde de Gomar, Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de Luzon y D. Santiago Udaeta.

La quinta piña, de una paloma y ocho tiradores, la partieron, matando dos de dos tiros cada uno, los Sres. D. Juan Luis Lazo y D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Marqués de Ahumada, D. Francisco Lazo, Conde de la Corzana, Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar y D. Santiago Udaeta.

La sexta piña, de una carambola y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, D. Juan Luis Lazo, contra los Sres. Conde de la Corzana, D. Francisco Lazo y D. Eduardo Anspach.

La tirada terminó á las cuatro y cuarto.

GACETILLA.

NUEVA LEY DE CAZA.—Ya habrán visto nuestros lectores, en este mismo número, la nueva ley de Caza sancionada por S. M. el Rey y publicada en la *Gaceta* del día 13 del corriente. Va seguida del Real decreto en que S. M. nombra á los individuos que han de componer la Comisión encargada de formar el oportuno reglamento, entre los cuales figura el Sr. Gutierrez de la Vega, Director de LA ILUSTRACION VENATORIA.

Por hoy nos contentamos con publicar íntegra la Ley

en nuestro periódico; pero dentro de pocos días la imprimiremos en un folleto pequeño, para que pueda llevarse en el bolsillo por los cazadores, propietarios, guardas campestres y cuantos necesiten consultarla á menudo, á veces en el mismo campo, en el acto en que se provoca una cuestion. Para el efecto la enriqueceremos con notas y aclaraciones en los puntos dudosos y en cuantos lo requieran, para su mejor conocimiento y más recta interpretación; con el Real decreto y la Circular sobre licencias de uso de armas, de caza y pesca, y con el nuevo Reglamento: contendrá toda la legislación de cazadores y pescadores.

UN CAZADOR DE LEONES.—Abdallah ben Mrabet es un cazador de leones muy conocido de todos los colonos de los alrededores de Bona.

Más de sesenta leones, machos y hembras, han caído á sus tiros, y en su carrera de cazador ha sido testigo de no pocos hechos extraordinarios, *quorum pars magna fuit*. Como hombre es modesto, amable, bravo como una fiera y siempre dispuesto á sacrificarse por un amigo.

Su arma favorita es una antigua espingarda árabe, de chispa, que le fué legada por su padre, y que no hace muchos años hizo su peregrinación á la Meca.

No tenemos necesidad de añadir que Abdallah tiene un gran cariño á este mosquito antediluviano, que, á sus ojos, posee una multitud de virtudes que nosotros infieles no somos capaces de apreciar.

Hace unos doce años, un turista americano rogó á Abdallah ben Mrabet le acompañase en la caza. Muchas fieras quedaron tendidas en el campo, y como recuerdo, el viajero, dejó á su huésped una magnífica escopeta de cañones superpuestos, el arma más hermosa que podía soñar un cazador de fieras.

Abdallah guardó preciosamente esta arma maravillosa en el *sendouch* en que conserva sus efectos más preciosos, y continuó como anteriormente sirviéndose de la espingarda patriarcal, larga de vara y media, graciosamente cubierta de moho desde la culata hasta la boca del cañón, y haciendo fuego... cuando el tiempo lo permitía.

Y sin embargo, las cacerías de Abdallah ben Mrabet podían servir de materia á más de un libro encantador, más extraño que el de Julio Gérard, si se encontrara un Leon Bertrand para escribirlo.

Noches frías, pasadas de rodillas, con el dedo en el gatillo, la mirada anhelante; ruidos indefinibles que se levantan de los chaparros desde que el día deja su puesto á la noche; encuentros de merodeadores y de enamorados, que van á caza de sus bellas con la pistola en la mano, y que no se desdennan, á su paso, de desbalijar á las personas que el buen Dios coloca en su camino; por último, combates frente á frente, á los rayos de la luna, en los que hace huir á los hombres y á los animales.

En efecto, Abdallah no caza el león al aguardo, oculto entre las ramas de los árboles ó metido en una gruta artificial. Tendría escrúpulo de tirar de un modo tan cobarde al león, como un caballero tendría escrúpulo de herir á su enemigo por detras.

Cuando ruga el león y que por la dirección de sus gritos Abdallah comprende el camino que sigue, toma directamente el bosque y va á colocarse en medio de su camino á pecho descubierto; y cuando el león llega á él, para prevenirle mejor, y no pueda pretender que se le ha sorprendido traidoramente, Abdallah le interpela en un lenguaje enérgico.

«Detente, pagano; ¿ignoras por ventura que á fuerza de agravios has cansado la paciencia de todos?»

Como recompensa de su valor no ha obtenido otra gracia que la de ser recogido en el hospital militar de Bona

una vez que fué medio devorado por un león. ¿No merecía más este intrépido cazador?

Si referimos estos hechos, dice el *Courrier*, de Bona, de cuyo periódico tomamos estos apuntes, es porque hace unos días acaba Abdallah de volver á emprender el curso de sus expediciones, tirando é hiriendo á un león negro en los alrededores de Bona, junto á Ain-Mokra.

El animal herido, hasta el presente se ha ocultado á todas las diligencias y cuidados del intrépido cazador; pero los indígenas están sobre aviso, y de un momento á otro le descubrirán muerto ó vivo.

UNA LUCHA DE LEONES.—El jardín zoológico de Marsella ha sido últimamente teatro de un terrible combate de leones, del que han sido testigos sólo algunos domésticos.



EL GALGO DE ESCOCIA.

M. Desgréaux, director de dicho jardín, quiso hacer un ensayo de ayuntamiento entre un león y una soberbia leona, que vale 4.000 francos. Para su consecución reunió las dos fieras en una misma jaula; pero al punto el león se precipitó sobre la leona y se entabló una lucha formidable entre los dos reyes del desierto.

Los dos animales rugían de un modo horrible dando saltos prodigiosos, arrojándose uno sobre otro con gritos salvajes, abriendo á cada dentellada ó arañazo un nuevo arroyo de sangre. Los espectadores de esta lucha terrible estaban mudos de espanto y apenas se atrevían á moverse.

La leona llevaba la mejor parte en el combate; echada en un principio al suelo por el león, estaba á punto de ser estrangulada, cuando, por un esfuerzo supremo, se arrancó de las garras de su adversario, y éste se arrojó de nuevo sobre ella y le dió un terrible arañazo que le desgarró toda la cabeza. La sangre salió en abundancia, y la lucha hubiera continuado más encarnizada que nunca hasta terminar con la vida de uno de los dos combatientes, cuando M. Desgréaux tuvo la idea de hacer echar en la jaula un enorme pedazo de carne.

El león se precipitó sobre la carne rugiendo, y se pudo, gracias á su apetito, volver á meter á la leona en su jaula.

VELOCÍPEDO PARA TIERRA Y AGUA.—Un americano proyecta un viaje de los más audaces; ha apostado que hará el trayecto de Nueva-York á París en un velocípedo.

El aparato que trata de emplear, y que se le conoce

con el nombre de *velocípedo para dos fines*, ha sido inventado recientemente por un mecánico de Nueva-York, y puede emplearse en la locomoción por tierra como por agua, siendo á la vez un coche y una barca.

La fuerza motriz es debida á un manubrio conductor que opera por una palanca, al mismo tiempo que utiliza el peso del cuerpo.

Muchas personas pueden colocarse en sus asientos, dispuestos ya para pasear, ya para un salvamento.

La velocidad está calculada, por término medio, en seis millas en el agua y doce en tierra.

PREMIOS DE CARRERAS.—Los tres propietarios que han ganado las sumas más importantes este año en las carreras de caballos en París, han sido: el Conde de Lagrange, cuya parte asciende á 598.493 francos 75 céntimos; M. Fould, que ha cobrado por la suya 301.520 francos, y M. Lupin, 289.543 francos 35 céntimos.

Todos los premios reunidos de las carreras de 1878 forman un total de 3.461.928 francos 45 céntimos.

CASO KARO.—Un obrero empleado en el Museo Británico de Londres ha vendido en veinticinco libras esterlinas un hermoso gato que poseía, y tan aficionado, no á cazar ratones, sino á sacar pollos, que ya varias veces lo ha hecho con éxito, llevando su capricho hasta el extremo de echar á la gallina del nido, cuyo sitio ocupa casi sin moverse durante el período de la incubación.

AVESTRUJES.—Entre las riquezas del Cabo de Buena-Esperanza, país maravilloso por muchos conceptos, es preciso citar el avestruz.

Cada uno de estos animales deja un producto de cinco mil reales, sin ningún gasto de manutención. Por sus hermosas plumas se venden hasta á trescientos reales la pieza en el mismo país, de manera que constituye un comercio lucrativo en sumo grado.

Ahora bien: ¿de qué procede que nuestros aclimatadores europeos descuidan esta fuente de riqueza tan conocida?

LAS AVES EN ALEMANIA.—Se ha presentado en el Bundesrath un proyecto de ley, que contiene diez artículos, para proteger los pájaros útiles.

HOMBRE PREVENIDO.—Uno de nuestros amigos poseía un criado muy cuidadoso que llevaba generalmente consigo á caza.

En una de sus excursiones disparó á una magnífica liebre, errando el tiro.

Cinco minutos despues, una perdiz se levanta muy cerca, la tira, y oye al mismo tiempo una detonación á su espalda. La perdiz cae como el rayo.

Nuestro amigo se vuelve entónces, y con tono severo: —¿Qué significa esto, buen José? le dice.

José con el acento más respetuoso le contestó, con la escopeta aún humeando en la mano.

—Perdone V., pero he creído de mi deber apoyar el disparo de mi amo.

ANUNCIO.

POZO ECHEVERRIA Y HERMANOS. Fabricantes de armas de fuego y taller de níquelaje.—Almacén, calle de la Estación, número 1 bis, Vitoria.—Medallas de las Exposiciones de Vitoria y Zaragoza. Especialidad en escopetas de caza de diferentes sistemas; accesorios, cartuchería, etc.—Se níkelan armas de fuego y blancas, objetos de metal, hierro y acero. Todo garantizado.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.

Este precioso *Album* es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadrado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Es también el más lindo regalo de Pascua que puede hacerse entre cazadores y pescadores.

Como que el *Album* se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas, tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadrado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas, á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid, que lo deseen, se les llevará á sus casas por el mismo precio.

MADRID, 1879.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra), Duque de Osuna, 3.